

STEPHEN KING, J. GARDNER

D. B. HUGHES y otros

Las nuevas aventuras
de **Sherlock Holmes**



Las nuevas aventuras de Sherlock
Mollie Hardwick & John Lutz & Stuart M. Kaminsky & Gary Alan Ruse & Edward D. Hoch & Jon L. Breen & Michael Harrison & Barry Jones & Joyce Harrington & Loren D. Estleman & Michael Gilbert & Dorothy B. Hughes & Peter Lovesey & Lilian de la Torre & Edward Wellen & Stephen King & John Gardner

LAS NUEVAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES Es un homenaje de eminentes autores de misterio —Stephen King, John Gardner, Michael Harrison y otros— realizado en el año 1987 con motivo del centenario de la primera aparición pública de Sherlock Holmes en el Beeton's Christmas Annual de noviembre de 1887, donde se dieron a conocer los hechos y la resolución del misterio conocido como Un Estudio en Escarlata. El juego comienza de nuevo.

PREÁMBULO

El difunto *Sir Arthur Conan Doyle*, creador de *Sherlock Holmes*, escribió cuatro novelas y cincuenta y seis relatos cortos sobre el gran detective, empezando con «Un Estudio en Escarlata», que se publicó por primera vez en el *Beeton's Christmas Annual* de 1887. Arrasando en popularidad durante toda la década de 1890 y los primeros años del siglo XX, *Sherlock Holmes* se convirtió rápidamente en el punto de partida de una enorme cantidad de ficción de misterio que vendría después de él, y sigue siendo el ejemplo definitivo con el que se miden hoy en día los demás detectives de la literatura. Esta colección de nuevas historias de *Sherlock Holmes*, debida a conocidos autores ingleses y americanos de historias de misterio, es un homenaje sin precedentes por parte de los maestros modernos al talento de *Sir Arthur*, realizado y compilado con la aprobación y el consentimiento de *Lady Jean Conan Doyle*, hija y heredera de *Sir Arthur*.

John Lellenberg,
en nombre del patrimonio
de *Sir Arthur Conan Doyle*.

221B

Molly Hardwyck

Nuestra moneda jamás podrá pagar un rescate
para recuperar aquellos años ahora presos del tiempo:

El autobús ruge ahora donde antes el cabriolé
trotaaba tras la pista del crimen.

Ya no se oye un Stradivarius
tocado por largos y ágiles dedos
entonando un canto fúnebre por los nefandos planes
frustrados por El desde Baker Street.

¿Podríamos, acaso, con ojo clarividente,
encontrar la puerta recordada con cariño,
ante la que, temblando, se pararon
tantos clientes (hermosos o famosos)?

En este lugar, Roylott, a la fuerza
entró, como un oso salvaje;
en este lugar, los brillantes ojos de Mary Morstan
cayeron presos de la ardiente mirada de Watson.

Si a ese tiempo pudiera haber un viaje
otorgado por la gracia del cielo,
quién no cambiaría esta cansada era
por una noche del ochenta y siete,
en la que, como niebla que atraviesa cristal y cortinas
y se arrastra hasta nosotros suave y gris,
el sabio, inmortal, extraño y certero

Las nuevas aventuras de Sherlock
Mollie Hardwick & John Lutz & Stuart M. Kaminsky & Gary Alan Ruse & Edward D. Hoch & Jon L. Breen & Michael Harrison & Barry Jones & Joyce Harrington & Loren D. Estleman & Michael Gilbert & Dorothy B. Hughes & Peter Lovesey & Lilian de la Torre & Edward Wellen & Stephen King & John Gardner

Sherlock toca su violín.

La máquina infernal

John Lutz

No es que mi amigo y asociado Sherlock Holmes no supiera tocar en ocasiones espléndidamente el violín, pero en aquel momento la discordante y fluctuante melancolía producida por el estridente instrumento estaba empezando a afectarme los nervios.

—Holmes, ¿debe ser tan repetitivo en la elección de notas? —Dije, abandonando la lectura de mi ejemplar del *Times*.

—Es en esa misma repetición donde espero encontrar alguna semblanza de orden y sentido.

Mantuvo erguido su perfil aguileño, encajó con seguridad el violín bajo su afilada barbilla y continuó emitiendo aquel chirrido, ciertamente de un modo mucho más penetrante que antes.

—¡Holmes!

—Muy bien, Watson.

Sonrió y devolvió el violín a su estuche. A continuación se desplomó en el sillón que tenía frente a mí, rellenó de tabaco su pipa de arcilla y asumió la actitud de un niño malcriado al que le han quitado un trozo de pastel por motivos disciplinarios. Yo sabía a lo que se dedicaría a conti-

nuevas Mollie Hardwick & John Lutz & Stuart M. Kaminsky & Gary Alan
aventuras Ruse & Edward D. Hoch & Jon L. Breen & Michael Harrison &
de Barry Jones & Joyce Harrington & Loren D. Estleman & Michael
Sherlock Gilbert & Dorothy B. Hughes & Peter Lovesey & Lilian de la
Torre & Edward Wellen & Stephen King & John Gardner

nuación, al no encontrar consuelo en el violín, y debo confesar que me sentí culpable por haber sido duro con él.

Cuando actuaba como un cazador en su capacidad de detective consultor, ningún hombre vibraba con más intensidad que Holmes. Pero cuando llevaba varias semanas sin un caso, y no había ninguno a la vista, era como un zombie que se retraía en el aburrimiento. Hacía ya casi un mes desde que concluyó con éxito el caso del sello humedecido dos veces.

Al oír un ruido de pisadas en la escalera al otro lado de la puerta, Holmes movió bruscamente la cabeza a un lado, casi como un pájaro que espera coger a un gusano.

La voz de la señora Hudson llegó hasta nosotros junto con sus pisadas ligeras y medidas. Una voz de hombre respondía a sus comentarios. Ninguna de las voces se oía lo bastante alto como para que pudiera entenderse.

—Visitas, Watson.

En el momento en que Holmes habló llamaron con firmeza a la puerta. Me levanté, crucé la abarrotada habitación y abrí.

—Un tal señor Edgewick quiere ver al señor Holmes —dijo la señora Hudson, retirándose a continuación.

Hice entrar a Edgewick y le rogué que se sentara en la silla donde yo había estado hojeando el Times. Era un hombre alto y bien parecido, entrado en la treintena, que llevaba un traje bien cortado y unas botas lustradas, cuyas suelas estaban manchadas con un barro rojizo. Tenía el cabello rubio y un bigote recortado más rubio aún. Me miró con expresión preocupada.

—¿Señor Holmes? —me dijo.

—Viene de Northwood —dije, sonriendo—. Está soltero y le preocupa el bienestar de una mujer.

Holmes también sonrió.

—Asombroso, Watson. Por favor, díganos cómo lo ha hecho.

—Desde luego. La arcilla roja de las botas del señor Edgewick se encuentra principalmente en Northwood. No lleva alianza, por lo que no está casado. Y como es un hombre guapo y, obviamente, con preocupaciones personales, hay grandes probabilidades de que haya una joven implicada en todo esto.

La mirada divertida de Holmes se clavó en Edgewick, que parecía confundido por mi agudeza.

—La verdad es que estoy casado —dijo—. Tengo el anillo en el joyero para que le corrijan el tamaño. El asunto que me trae aquí sólo está relacionado indirectamente con una mujer. Y hace años que no voy a Northwood.

—El coche de punto en el que ha venido debió llevar antes un pasajero de Northwood —dijo Holmes—. Con este día tan caluroso, el barro seguramente se secará mientras le espera abajo.

Debo admitir que, al igual que Edgewick, me quedé boquiabierto.

—¿Cómo ha podido saber que pidió al conductor que le esperara, Holmes? En ningún momento se ha acercado a la ventana.

Holmes hizo un gesto con el dorso de la mano agitando sus largos dedos.

—Si el señor Edgewick no ha estado en Northwood, Watson, el sitio más lógico donde puede haber pisado el barro rojo es en el suelo de un coche de punto.

Edgewick se inclinó hacia adelante, intrigado.

—Pero ¿cómo ha podido saber, para empezar, que yo llegué en un coche de punto y que le dije al conductor que esperara abajo?

—Por su bastón.

Dejé que mis cejas se alzaran mientras volvía a mirar a Edgewick.

—¿Qué bastón, Holmes?

—Ese cuyo extremo dejó una huella circular en la bota derecha del señor Edgewick cuando se sentó en la cabina y

lo apoyó en ella, como suelen tener por costumbre los hombres que usan bastón. El cuero todavía conserva la impresión y, dado que no lleva el bastón consigo y que sus pisadas al subir la escalera imposibilitan que subiera con él o que lo haya dejado en el vestíbulo, podemos deducir que lo dejó en el coche de punto. Y, como no parece un hombre descuidado o poseedor de una innumerable cantidad de bastones, eso sugiere que ordenó al conductor que le esperase.

Edgewick pareció encantado.

—¡Ha sido soberbio! ¡Descubrir tanto de un mero par de botas!

—Un juego de salón cuando no se aplica de forma constructiva —interrumpió Holmes. Volvió a sonreír mientras unía las yemas de los dedos y le miraba por encima de ellos. Sus ojos eran ahora inmutables y estaban clavados con fijeza en nuestro invitado—. Y sospecho que le trae algún asunto serio que me permitirá aplicar adecuadamente mis habilidades.

—Oh, sí, así es. Ah, me llamo Wilson Edgewick, señor Holmes.

Holmes hizo un gesto en mi dirección.

—Mi socio, el doctor Watson.

Edgewick asintió con la cabeza.

—Sí, he leído sus relatos sobre algunas de sus aventuras. Por eso creo que podría ayudarme, o más bien ayudar a mi hermano Landen.

Holmes se retrepó en su sillón, entrecerrando los ojos. Yo sabía que cuando asumía esa actitud no era por somnolencia, sino que entonces estaba completamente alerta, convirtiéndose en un receptáculo de cualquier retazo de información que pudiera llegarle, aceptando esto como pertinente, rechazando aquello como irrelevante.

—Háblenos de ello, señor Edgewick —dijo.

Edgewick me miró. Y yo asentí, animándole.

nuevas aventuras de Sherlock
Mollie Hardwick & John Lutz & Stuart M. Kaminsky & Gary Alan Ruse & Edward D. Hoch & Jon L. Breen & Michael Harrison & Barry Jones & Joyce Harrington & Loren D. Estleman & Michael Gilbert & Dorothy B. Hughes & Peter Lovesey & Lilian de la Torre & Edward Wellen & Stephen King & John Gardner

—Mi hermano Landen está comprometido con Millicent Oldsbolt.

—¿De Municiones Oldsbolt? —preguntó Holmes.

Edgewick asintió, nada sorprendido de que Holmes reconociera el nombre de Oldsbolt. Oldsbolt Limited era un importante proveedor de armas pequeñas para el ejército. De hecho, cuando yo estuve al servicio de la Reina, había disparado cartuchos Oldsbolt con mi revólver del ejército.

—La boda debía celebrarse la próxima primavera —continuó Edgewick—. Cuando Landen, y yo mismo, estuviéramos financieramente acomodados.

—¿Acomodados en qué? —preguntó Holmes.

—Somos los representantes en Inglaterra de Richard Gatling, inventor del fusil Gatling.

—¿Qué diablos es eso? —No pude evitar preguntar.

—Es una máquina infernal que utiliza muchos tambores y una sola recámara —dijo Holmes—. Los cartuchos entran en la recámara mediante una larga cartuchera, mientras los tambores giran disparándolos uno tras otro en rápida sucesión. El que la maneja sólo tiene que apuntar en la dirección deseada y girar una manivela con una mano, mientras aprieta el gatillo con la otra. Se dice que puede disparar casi cien balas por minuto, y se ha utilizado con gran efectividad en las llanuras de América, en las guerras indias.

—¡Muy bien, señor Holmes! —dijo Edgewick—. Veo que está muy versado en cuestiones militares.

—Parece un artefacto diabólico —dije, imaginando esos tambores giratorios sembrando muerte entre hombres y bestias.

—Tan diabólico como la guerra en sí —comentó Holmes—. No es ningún juego. Pero, prosiga con su relato, señor Edgewick.

—Landen y yo nos alojamos en la posada La Sota del Rey, en la aldea de Alverston, al norte de Londres, para estar cerca de la mansión Oldsbolt. Verá, queríamos vender el fusil Gatling a *sir* Clive para que pueda fabricarlo para el

nuevas aventuras de Sherlock
Mollie Hardwick & John Lutz & Stuart M. Kaminsky & Gary Alan Ruse & Edward D. Hoch & Jon L. Breen & Michael Harrison & Barry Jones & Joyce Harrington & Loren D. Estleman & Michael Gilbert & Dorothy B. Hughes & Peter Lovesey & Lilian de la Torre & Edward Wellen & Stephen King & John Gardner
ejército británico. El fusil Gatling ha superado todas las pruebas, y *sir* Clive hizo una oferta que seguro que habría sido aceptada por el fabricante americano.

Holmes frunció los labios pensativamente antes de hablar.

—Está hablando en pasado condicional, señor Edgewick. Como si se hubiera anulado la boda de su hermano. Como si Oldsbolt Limited ya no estuviese interesada en su mortífera arma.

—Ambos planes han recibido un golpe muy severo, señor Holmes. Verá, *sir* Clive fue asesinado anoche.

Contuve el aliento por la sorpresa, pero Holmes se inclinó hacia delante, profundamente interesado, casi complacido.

—¡Ah! ¿Asesinado? ¿Cómo?

—Salió muy tarde de la posada, y, volvía a casa, solo en su carruaje, cuando dispararon contra él. Un aldeano le encontró esta mañana, después de haber oído anoche el ruido.

Las fosas nasales de Holmes se contrajeron.

—¿El ruido?

—Disparos, señor Holmes. Disparos hechos en rápida y rítmica sucesión.

—El fusil Gatling.

—No, no. Eso es lo que dice el jefe de policía de Alverston. Pero el fusil que usamos para fines demostrativos se limpió y no ha vuelto a ser disparado. ¡Lo juro! Naturalmente, tanto la policía local como los habitantes del pueblo piensan que Landen la limpió tras matar a *sir* Clive.

—¿Su hermano ha sido arrestado por el asesinato de su futuro suegro? —pregunté asombrado.

—¡Así es! —dijo Edgewick muy agitado—. Por eso me apresuré a venir aquí en cuanto se lo llevaron detenido. Pensé que sólo el señor Holmes podría subsanar un error semejante.

—¿Tiene su hermano Landen algún motivo para asesinar al padre de su prometida?

—¡No! ¡Todo lo contrario! La muerte de *sir* Clive significa la cancelación de la compra de los derechos de fabricación del fusil Gatling. Igual que de la boda de Landen y Millicent, claro está. Aun así...

Holmes esperó, con el cuerpo completamente rígido.

—Aun así, señor Holmes, el sonido descrito por quienes estaban en la posada no puede ser más que el estrepitoso y mecánico disparar del fusil Gatling.

—Pero usted ha dicho que lo examinó y que no había sido disparado recientemente.

—Oh, podría jurarlo, señor Holmes. De eso puede usted estar seguro. La semana pasada atravesamos el Atlántico con ella y el señor Gatling conoce el paradero de todas sus máquinas. Comprenda, señor, que es una máquina formidable que de caer en malas manos amenazaría la existencia de cualquier nación. Cambiará todo el concepto de la guerra y eso es algo que no debe tomarse a la ligera.

—¿Cuántos disparos alcanzaron a *sir* Clive? —preguntó Holmes.

—Siete. Todos en el pecho, con balas de gran calibre, como las que dispara el fusil Gatling. El médico del pueblo extrajo las dos balas que no traspasaron a *sir* Clive, pero se deformaron al tocar hueso y no puede determinarse su calibre exacto.

—Ya veo. Es todo muy interesante.

—¿Vendrá cuanto antes a Alverston a ver lo que puede hacer por mi hermano, señor Holmes?

—¿Ha dicho que *sir* Clive fue alcanzado siete veces, señor Edgewick?

—Así es.

Holmes se levantó de su sillón bruscamente, como propulsado por un muelle.

—Entonces Watson y yo tomaremos el tren de la tarde a Alverston y nos encontraremos con usted en la posada de

nuevas aventuras de Sherlock
Mollie Hardwick & John Lutz & Stuart M. Kaminsky & Gary Alan Ruse & Edward D. Hoch & Jon L. Breen & Michael Harrison & Barry Jones & Joyce Harrington & Loren D. Estleman & Michael Gilbert & Dorothy B. Hughes & Peter Lovesey & Lilian de la Torre & Edward Wellen & Stephen King & John Gardner

La Sota del Rey. Ahora, le sugiero que vuelva con su hermano y su prometida, donde sin duda es muy necesitado.

Edgewick sonrió abiertamente de alivio y se levantó.

—Pienso pagarle bien, señor Holmes. Landen y yo no carecemos de medios.

—Ya discutiremos eso más tarde —dijo Holmes, posando una mano en el hombro de Edgewick y acompañándolo a la puerta—. Mientras tanto, dígame a su hermano que no tiene por qué preocuparse, si es inocente, y que muy bien podría vivir más años que el verdugo.

—Se lo diré, señor Holmes. Eso le reconfortará, estoy seguro. Que tengan un buen día. —Salió por la puerta, pero volvió a entrar un momento después—. ¡Gracias, señor Holmes, de mi parte y de la de Landen!

Mi amigo y yo escuchamos cómo sus pisadas bajaban por la escalera. Holmes apartó las cortinas y observó salir a nuestro visitante a Baker Street. Los gritos de los vendedores y el sonido de cascos de caballos entraron en la habitación junto con los penetrantes olores de Londres.

—Un joven extremadamente preocupado, Watson.

—Así es, Holmes.

Se frotó las manos con un regocijo y una animación que habrían resultado imposibles quince minutos antes.

—Debemos hacer las maletas, Watson, si queremos coger el tren de la tarde a Alverston. —Su rostro enjuto adquirió una expresión de gravedad—. Y le sugiero que lleve consigo su revólver de servicio.

Ya había pensado en hacerlo. Cuando a un miembro de la nobleza le disparan siete veces al volver de la posada a su casa, cualquier acto resulta posible, por horrendo que sea.

La posada La Sota del Rey estaba a poca distancia de la estación de tren de Alverston, justo en las afueras del pueblo. Era un edificio construido en la época de los Tudor, remata-

nuevas aventuras de Sherlock
do por grandes chimeneas de piedra, una a cada extremo de su empinado tejado de pizarra.

Wilson Edgewick no estaba entre la media docena de parroquianos que se sentaban a las pequeñas mesas de madera. Un hombre grueso y de rostro rubicundo, con una delgada mata de cabello color jengibre peinada hacia atrás en su amplia cabeza, servía las bebidas, mientras una mujer rubia de aspecto frágil las llevaba a las mesas cojeando de una pierna.

Yo me encargué de conseguir unas habitaciones adecuadas mientras Holmes examinaba el lugar. En una mesa cercana se sentaba un joven con aire desconsolado, como si hubiera tomado demasiadas copas, En otra mesa había dos veteranos, uno con una bulbosa nariz roja y el otro de rostro afilado y gris, enzarzados en una partida de damas. Tres hombres de edad mediana, de los que trabajan la tierra, ocupaban una tercera mesa e interrumpieron su conversación al vernos.

—Vaya, o mucho me equivoco o usted debe ser el señor Holmes, el famoso detective —dijo el propietario de rubicundo rostro, cuyo nombre era Beech, con cierto tono de respeto mientras estudiaba el libro de registro que yo acababa de firmar. Vapores de alcohol flotaban en su aliento.

—He disfrutado de cierto éxito —admitió Holmes.

—Es usted igual a los dibujos del Daily Telegraph.

—Yo los encuentro muy poco halagadores.

Uno de los nublados ojos de Beech le lagrimeaba y se lo enjugó con el dorso de la mano mientras hablaba.

—No se necesita un detective para saber por qué está usted aquí.

—Muy cierto —repuso Holmes—. Un asunto trágico.

—¡Eso desde luego! —Su rostro enrojeció más aún, y en su frente empezó a latir descontroladamente una vena. Un brillo de complicidad asomó a sus ojos. Sorbió por la nariz y volvió a secarse el ojo—. Lo oímos todo desde aquí, señor Holmes. Todos en la posada fuimos testigos del crimen.

nuevas aventuras de Sherlock
Mollie Hardwick & John Lutz & Stuart M. Kaminsky & Gary Alan Ruse & Edward D. Hoch & Jon L. Breen & Michael Harrison & Barry Jones & Joyce Harrington & Loren D. Estleman & Michael Gilbert & Dorothy B. Hughes & Peter Lovesey & Lilian de la Torre & Edward Wellen & Stephen King & John Gardner

—¿Cómo es eso? —preguntó Holmes muy interesado.

—Estábamos todos aquí anoche, igual que ahora, señor, cuando oímos a esa máquina infernal escupiendo muerte.

—¿El fusil Gatling?

—Eso es lo que era. —Se inclinó hacia adelante, secándose las fuertes y anchas manos en el manchado delantal—. Fue como una especie de «rat-a-tat-tat» —dijo, escupiendo al describir el repetitivo sonido de los disparos—. Ya habíamos oído disparar a esa máquina y reconocimos enseguida el ruido. En esa dirección. —Agitó una mano hacia el norte—. Al día siguiente, Ingraham Codder tomó el camino del norte para visitar a *sir* Clive en su mansión, y se encontró el espléndido carruaje de dos caballos que suele utilizar el señor para bajar al pueblo, pero sólo con un caballo sujeto a él. El otro caballo se había soltado de algún modo y estaba a su lado. *Sir* Clive estaba desplomado en el carruaje, muerto. Lleno de agujeros de bala, señor Holmes. Siete tenía.

—Eso tengo entendido. ¿Hay alguien más aquí que oyera ese «rat-a-tat-tat»?

—Holmes consiguió imitar el ruido de los disparos sin escupir.

—Nosotros tres —dijo uno de los granjeros de la mesa—. Fue tal y como lo ha descrito el señor Beech.

—¿Ya qué hora fue eso? —preguntó Holmes.

—A las once y media en punto —dijo Beech—. Unos diez minutos después de que el pobre *sir* Clive se marchara de aquí.

Los parroquianos manifestaron su acuerdo en esto.

El joven que se sentaba solo levantó la cabeza para mirarnos, y me quedé sorprendido al comprobar que no estaba tan afectado por la bebida como su actitud me había hecho suponer. Sus ojos grises se veían despejados en su enérgico rostro; era de mandíbula firme, con una nariz y unos pómulos enérgicos.